
CAPÍTULO VIII.

Una noche toledana.

Casi al mismo tiempo que Lanuza saltaba dentro de la habitacion en que lo hemos dejado, aparecieron dos bultos por los dos extremos de la verja, y adelantándose recíprocamente uno hácia otro, vinieron á encontrarse poco más ó ménos en frente de la ventana por donde Miguel habia desaparecido; cruzándose entre ambos en voz sorda las siguientes palabras :

- Pelé, guarda esta esquina.
- Melé, guarda la otra.
- ¿Y el gallo?
- Dentro.
- Sube.
- No, sube tú.

— ¿Por qué?

— Porque sí.

— ¿Miedo?.....

La contestacion dada á esa pregunta no es para escrita.

— Hay que llegar al pié de la ventana.

— Eso.

— ¿Qué ventana es?

— La quinta.

— ¿Por dónde?

— Por la izquierda,

— ¿Y allí?

— Esperar.

— ¡Alumbran tanto las estrellas!.....

— Anda, cobarde.

Uno de los bultos se puso de pié sobre el zócalo, diciendo :

— Si olfateas algo, aulla.

— Arriba, exclamó el otro con voz apagada é impaciente.

Comenzó el bulto á elevarse, alargándose y contrayéndose acompasada y alternativamente, como un gusano enorme; llegó al remate de la verja y tomó posicion, es decir, se acomodó de la mejor manera que pudo

y dejó escapar un silbido ténue, que se confundía con el suave murmullo de las ramas, agitadas por los ligeros soplos del aire. Algo veía, algo escuchaba, que no acertaba á distinguir bien, y desde arriba imponía silencio al que estaba abajo, que en honor de la verdad no despegaba sus labios.

¡Pobre Miguel!..... se habia metido en un callejon sin salida, llevaba delante un enemigo desconocido, cuyos malvados designios ignoraba, y tenía detras enemigos no ménos cautelosos, que le cortaban la retirada. Era difícil atinar cómo saldría airosamente del paso en que se hallaba comprometido. Morir no es ciertamente una hazaña, puesto que todo el mundo muere y son pocos los héroes. Para los corazones animosos, morir es lo de ménos, pero ¿y el escándalo? ¿Qué diría Lord Walbrook?..... ¿qué diría el mundo si al día siguiente apareciera su cadáver al pié de aquella ventana, que tan imprudentemente habia escalado? ¿qué sería de la inocente criatura, sorprendida tan alevosamente en medio de la noche y en el silencio de su retiro? Convengamos en que guiado por su

arrojo y movido por un generoso interes, nuestro irreflexivo héroe se hallaba metido en un mal paso.

Todo esto lo pienso yo, porque Lanuza, sujetando el rewólver con la mano derecha, y agitando la izquierda como si con ella quisiera disipar las tinieblas que lo envolvian, no pensaba en semejante cosa, porque se hallaba en ese momento supremo de las hazañas ó de las locuras, en que el héroe ó el loco no piensan en nada.

La misma voz, cuyo penetrante grito acababa de oír, resonó de nuevo en medio de la oscuridad, trémula y ahogada, diciendo con acento angustiado:

— ¡Mari!..... ¡Mari!..... ¡Ladrones!.....

Miguel reconoció en ella el timbre melodioso que lo habia hecho estremecer algunas noches ántes, y dando á su voz toda la dulzura que le fué posible, exclamó en un frances bastante aceptable.

— Señora, sean los que quieran los infames designios del miserable que se ha introducido en vuestras habitaciones, os juro que no se escapará de mis manos.

Una exclamacion arrancada por la sorpresa ó por el miedo, ó por ambas cosas á la vez, dejó oírse, exhalada por la misma voz desfallecida que habia llamado á Mari. Por lo que Miguel calculaba, esta voz venía del extremo de la habitacion, opuesto al sitio en que él se hallaba. Dió un paso hácia adelante, sin determinarse á dar el segundo por no alejarse mucho de la ventana, por la cual podria escaparse el hombre á quien perseguia, y esto era faltar á su palabra, faltar al juramento que habia hecho. Mas súbitamente varió de parecer, arrepintiéndose de haber jurado tan irreflexivamente. Pensó que el hombre encerrado allí trataria de abrirse paso á toda costa, sin pararse en crimen más ó menos; y temió por la vida de aquella mujer, cuyos dulces acentos le llegaban al alma. Decidió, pues, dirigirse á tientas hácia el punto de donde la voz salia, y dejar que se escapára el miserable á quien la oscuridad libraba de sus manos. Antes de poner en ejecucion su proyecto, dijo:

— Señora, la Providencia me ha concedido el inmenso favor de traerme en vuestro

socorro, y si el cobarde que aquí se oculta, prevaliéndose de las tinieblas que nos rodean, intentára algo contra vos, cometería un crimen inútil, pues os aseguro con toda mi alma que las seis balas del rewólver que llevo en la mano entrarían una á una en su corazón.

Estas palabras tenían tres fines estratégicos :

Primero: infundir confianza y ánimo á la persona á quien intentaba socorrer en tan apurado trance, que según lo desfallecido de la voz debía estar á punto de desmayarse.

Segundo: aterrar al ladrón con tan fiera amenaza, si, como presumía, era un cobarde ratero sorprendido en el mejor momento de su hazaña.

Y tercero: provocarlo á una acometida desesperada, en la que la oscuridad le favorecía, si á pesar de ser un malvado era valiente.

Así es que hablaba preparado á recibirlo.

Trascurrieron algunos segundos, al cabo de los que sonó un ligero ruido, que Miguel percibió á muy poca distancia.

— Se me acerca, dijo para sí, y adelantó la mano izquierda, como una fuerza avanzada que busca al enemigo.

La mano extendida corrió de derecha á izquierda, formando un semicírculo en la oscuridad, sin tropezar con ningún objeto; pero tuvo por cosa segura que el ladrón andaba cerca, y arrastrando suavemente el pié sobre la alfombra, dió otro paso en la dirección en que había sonado el ruido. Creyó que su enemigo lo buscaba, y por abreviar, se adelantó para salirle al encuentro.

Iba, pues, á trabarse una lucha terrible entre dos adversarios desconocidos, cuya mutua proximidad advertirían al primer golpe dado ó recibido, y el primer golpe podía ser mortal para uno ó para otro. Miguel esperaba una puñalada invisible, asestada á ciegas, y se había colocado de forma, que con el brazo izquierdo se cubría el pecho; mientras que con la mano derecha sujetaba el rewólver en disposición de prepararlo prontamente para hacer fuego.

Su situación era bastante crítica; lo maniataba la oscuridad y le cerraba el paso el

silencio; aquel enemigo que creía tan cerca no llegaba á él nunca.

Volvió á sonar el mismo ruido más cercano y más distinto, y toda la sangre se agolpó á su corazón. El ruido había sonado á su derecha, y hácia la derecha dirigió sus ojos con intensa mirada, descubriendo al través de las sombras un vago reflejo indeciso, fugitivo, semejante á la dudosa claridad con que brillan las lunas de los espejos en medio de las tinieblas. Reunió entonces todos sus conocimientos geométricos, y trazóse á ojo de buen cubero el plano de la habitación en que se encontraba, calculando que debía hallarse en el espacio comprendido entre la quinta y la sexta ventana.

Repitióse el ruido por tercera vez, y dedujo que una mano cautelosa pretendía abrir silenciosamente los cristales de la ventana que tenía delante, y dando por cierto é indudable lo que había imaginado, se lanzó impetuoso, como el tigre que se arroja sobre su presa.

Un golpe repentino hizo caer hechos pedazos los cristales de la ventana, se oyeron

por algunos instantes las respiraciones anhelosas de dos hombres que luchan cuerpo á cuerpo, y despues un ronquido angustioso, y todo volvió á quedar en silencio.

Esto, sin duda, fué lo que oyó el que dejamos encaramado en la verja, cuando desde arriba impuso silencio al de abajo, pues lo que acabo de contar debió ocurrir en mucho ménos tiempo del que he necesitado para referirlo. Y no debió parecerle el rompimiento de los cristales de muy feliz agüero, porque se mantuvo en lo alto de la verja, más dispuesto á bajar por donde había subido, que á seguir adelante.

El de abajo tampoco debía tenerlas todas consigo, pues haciendo bocina de las manos, para que la voz fuera poca y el alcance mucho, alzó la cabeza hácia su compañero preguntándole:

— Tuerto, ¿qué ves?

— Luz, contestó el de arriba.

En efecto, por las junturas en que se unian las ligeras tablillas de las persianas, se escapaba la luz, trazando líneas horizontales. Semejante iluminacion era bastante sos-

pechosa, mas los oídos atentos del que estaba arriba y del que estaba abajo no percibían ruido ni voz alguna, que confirmara los temores que aquella claridad repentina infundía en los ánimos recelosos del que estaba abajo y del que estaba arriba.

Este último agachó la cabeza para acortar la distancia, y dejó caer en el oído del otro la siguiente pregunta:

— ¿Qué hace el Gallo?

— Se alumbra, le contestó el de abajo, para ver dónde pone las manos. Ya debías estar al pie de la ventana, porque va á llover oro.

Alentado el de arriba por las palabras de su compañero, comenzó á descender muy suavemente por la parte interior de la verja, llegó con los pies al zócalo y saltó al jardín, desliziéndose entre los arbustos hasta colocarse al pie de la ventana que hacia el número cinco, contando de izquierda á derecha. Allí no pudo contener su curiosidad, se alzó sobre la repisa y metió la cabeza por debajo de la persiana. Pero no bien lo hubo hecho, cuando saltó hacia atrás, corrió á la

cerca, trepó apresuradamente, y descolgándose, mejor dicho, desprendiéndose, cayó en tierra con la destreza del hombre acostumbrado al peligroso ejercicio de andar á salto de mata. Apenas cayó, echó á correr diciendo en voz baja:

— *Chapesca, chapesca.*

Su compañero le siguió como un desalado; corría con verdadera furia, exclamando entre dientes:

— ¡Cobarde! ¡Cobarde!

¿Qué había visto el tuerto al meter la cabeza por debajo de la persiana, para emprender tan precipitada fuga? ¿Qué sucedía detras de aquella pared silenciosa, tan silenciosa y tan tranquila como el resto del palacio?

Vamos á saberlo.

Lanuzza cayó en efecto sobre su adversario, como ya he dicho, como cae el tigre sobre la presa; su mano izquierda, extendida hácia adelante, lo asió por el cuello en el momento en que oprimía el pasador de la ventana para abrirla y evadirse por ella. Miguel lo cogió de espaldas, sacudiéndolo con

tan airado enojo, que le hizo romper los cristales con la cabeza. Intentó defenderse, mas habia caido bajo el poder de un enemigo bastante resuelto, que sabía sacar partido de las más pequeñas ventajas.

Nuestro héroe comprendió que con una mano le era imposible sujetarlo, y considerando innecesario el uso del rewólver, lo introdujo apresuradamente en el bolsillo del gaban, acudiendo con la mano derecha á prestar auxilio á la izquierda, cansada ya de oprimir desesperadamente el cuello de su invisible adversario. Este refuerzo decidió el combate, pues las dos manos apretaban como un tornillo. Vacilaron los piés de entrambos á un mismo tiempo, y los dos cayeron de boca, Miguel encima de su adversario vencido, casi extrangulado.

No era cosa de esperar la luz del dia en aquella posicion tan poco cómoda, y entónces ideó la mejor manera de salir del paso. Puso la rodilla sobre la espalda del vencido, oprimiéndola vigorosamente hasta hacer crujir los huesos; y una vez sujeto de este modo, abandonó la garganta ferozmente opri-

mida, que al verse libre se dilató, roncando como un fuelle roto. Buscó Miguel con las suyas las manos de aquel hombre, que le ofrecia por toda resistencia inútiles estremecimientos; juntóselas sobre la espalda y buscó en los bolsillos de su chaqueta algun cordel con que atárselas, casi seguro de encontrarlo, porque esta clase de gente va siempre pertrechada con los instrumentos más indispensables del oficio. Pero no halló lo que buscaba y sólo tropezó con un pañuelo. Mejor hubiera sido un cordel, mas no eran las circunstancias muy á propósito para pedir gollerías y apechugó con el pañuelo, que al salir del bolsillo dejó caer sobre la alfombra un objeto, del cual parecia escaparse una especie de humo brillante.

Luégo que las manos estuvieron fuertemente atadas por las muñecas, buscó el objeto que habia caido sobre la alfombra al sacar el pañuelo, y se encontró con una caja de fósforos. Se puso de pié y encendió uno.

El cuadro que se presentó á su vista fué el siguiente:

Se hallaba en una habitacion donde el gus-

to más exquisito parecía empeñado en ocultar la riqueza de los muebles y de los adornos bajo la sencillez aparente y delicada de ese arte fino y, digámoslo así, pudoroso, que me atrevo á llamar la modestia del lujo.

Lo primero que vió Lañuza fué un precioso velador de porcelana con pié de bronce, figurando el tablero un azafate de flores, cuyos vivos y naturales matices atraian los ojos complacidos de admirarlas y las manos deseosas de cogerlas. En el fondo de la estancia, esto es, en la parte opuesta al lugar en que se encontraba, veíase una cama, cuyas colgaduras, blancas como la nieve, caian copiosamente sostenidas con graciosa naturalidad por una guirnalda de azucenas.

Sobre una mesa habia dos candelabros que parecian de bronce y que eran de oro, sosteniendo cada uno de ellos cinco velas de nacarada blancura. Miguel encendió una de estas velas, y registró la habitacion con ávidos ojos, buscando á la persona á quien tan bizarra, aunque tan locamente, acababa de socorrer.....

Con inquieta mirada descubrió una forma

humana medio tendida sobre la alfombra, oculta la cabeza entre los brazos, que se apoyaban sobre el asiento de un sofá, colocado en el testero que hacia frente á las ventanas. Era *ella* sin duda, y la posicion en que se hallaba dejaba presumir que agobiada por el terror habia caido allí desfallecida. A pesar de los revueltos pliegues de la bata que la envolvía, se dibujaban los contornos de su figura, dejando sospechar las raras perfecciones de un dibujo correcto. La gorra de dormir se habia desprendido de su cabeza, y una nube brillante é interminable de rizos rubios caia en ondas precipitadas y continuas sobre sus espaldas y sobre sus hombros. Era azul, de un azul suave, la bata que la cubria, y un pliegue indiscretamente recogido dejaba ver sobre las apiñadas flores de la alfombra un pié completamente desnudo, pequeño como el pié de una niña, bello como el pié de Vénus, blanco como la leche y sonorado como el primer albor de la mañana; un pié que envidiaría la misma aurora.

Miguel recogió en una mirada, tan imprudente como inevitable, todos los pormeno-

res de tan delicado conjunto, y cerró los ojos, porque le pareció una traicion contemplarlos, pero volvió á abrirlos, porque indudablemente estaba desmayada, y era preciso acercarse á ella y socorrerla sin pérdida de tiempo.

Con paso discreto y pensamiento loco se aproximó Miguel al sofá, é inclinándose respetuosamente, dijo en frances, en voz baja y con pausado acento:

— Señora, nada teneis que temer.

Un ligero estremecimiento agitó á la jóven desmayada, maquinalmente extendió el brazo sobre el asiento del sofá, presentando á la contemplacion de nuestro héroe la mano más preciosa que habia visto en su vida. No se atrevia á tocarla, y hubiera sido una insigne imprudencia pedir socorro y alborotar el palacio, pues no se le ocultaban las sérias dificultades de la situacion en que se veía. Dudando del partido que deberia tomar, reparó en una mesa, que se hallaba próxima á la cama, y acudió á ella en demanda de algun auxilio. Allí encontró agua en un jarro de china, azúcar y un vaso de cristal en una bandeja de plata; llenó el vaso de agua, su-

mergió en él la azúcar y volvió al lado de la enferma. No era un gran medicamento el que traía, pero no encontró otra cosa.

La jóven habia hecho un movimiento, y su cabeza, descansando sobre el brazo derecho, presentaba el perfil de su rostro, destacado sobre el fondo carmesí del sofá. Miguel no pudo reprimir su admiracion y quedó absorto contemplando aquella singular belleza. Era el original del retrato que vió en las habitaciones de Lord Walbrook y que se habia grabado en su pensamiento como si fuera la copia de otra imágen que llevaba en el alma. El retrato y el original representaban una misma belleza, una belleza que él creía haber visto ó haber soñado ántes....

Indudablemente se hallaba delante de la hija del honorable Lord, y retrocediendo con respeto, exclamó contemplándola:

— ¡Dios mio!..... ¡Qué semejanza!.....

Mas no era aquél el momento de las exclamaciones inútiles; urgia tomar una determinacion, y no atreviéndose á poner sus manos sobre tan peregrina hermosura, y creyendo que empezaba á desvanecerse el des-

mayo, humedeció las puntas de los dedos en el agua que se había derramado en la bandeja, y las sacudió sobre el rostro de la jóven. Un suspiro profundo y un estremecimiento enérgico le dieron á conocer la oportunidad del remedio. Repitiólo, y la jóven sacudió la cabeza, cubriéndose el rostro con las manos y exclamando con voz débil:

— Mari..... Mari.....

— Señora, dijo Miguel con humilde acento, os repito que nada teneis que temer; tranquilizaos, pues yo sólo espero que me perdoneis la dicha de haber podido seros útil.

Alzó la jóven su bella cabeza, echó hácia atrás los rizos que inundaban su frente, apartó las manos, que cubrian su semblante, y miró á su alrededor con inquietos movimientos; despues clavó los ojos en Lanuza con singular expresion de complacencia y de asombro.

Miguel se inclinó con sumiso respeto y la dijo:

— Perdonadme, señora; vi á ese miserable escalar la verja, lo vi trepar por la ventana, vi luz y oí vuestro grito, y he llegado á tiempo de evitar un crimen.

La jóven no apartaba los ojos de su interlocutor, y parecía que se iba tranquilizando, que su espíritu se serenaba. Ciertamente Miguel no presentaba aspecto sospechoso; la distincion de su persona, lo fino de sus modales, hasta su vestido, todo hablaba en su favor; no obstante, la hija de Lord Walbrook tenía derecho para mostrarse recelosa. Otra en su lugar hubiera cogido el cordon de seda que colgaba sobre el sofá y habria llamado; pero sin duda el aturdimiento, lo raro del caso..... quién sabe..... ello es que no intentó buscar nuevo socorro. En cambio se puso de pié diciendo:

— Gracias, caballero, os habeis expuesto por prestarme un verdadero servicio, y nuestra gratitud será eterna; pero decidme, ¿qué habeis hecho del miserable que se ha atrevido á escalar el palacio del Lord Walbrook?

— Aquí lo teneis, contestó Miguel..... ¡Oh!..... añadió, dando un salto hácia la ventana que habia sido escalada.

Este salto fué sumamente oportuno, porque el hombre se habia ido escurriendo sobre la alfombra, y á pesar de tener las ma-

nos atadas, estaba á punto de saltar al jardin.

Miguel lo detuvo, y empujándole, lo puso delante de la hija de Lord Walbrook, diciendo :

— Aquí teneis á ese miserable.

Al verlo, la hija del honorable Lord retrocedió espantada, y Miguel, que hasta entonces no habia visto el semblante de aquel hombre, hizo un movimiento que expresaba la más viva sorpresa.

Rectifiquemos : no era verdaderamente el semblante de un hombre lo que miraban, era un rostro horrible, en el que el envilecimiento de los vicios unia en combinacion monstruosa las arrugas de la vejez á la viveza de la juventud ; era un decrepito de veinte años, un fruto podrido ántes de sazonzarse, la noche en medio del dia ; la frente estrecha, los ojos redondos, la nariz remanada y la boca sumida, formaban un conjunto de astucia, de audacia, de perversidad y de embrutecimiento, que producía repugnancia invencible ; llevaba el delito en la frente, la traicion en la mirada, la blasfemia en la boca.

Por su parte miraba con estúpido asombro, clavando sus ojos de gato, ya en uno, ya en otro, á la hija de Lord Walbrook y á Lanuza ; cualquiera habria dicho que queria reconocerlos.

— Te conozco, exclamó Miguel, con furor reconcentrado. Tú eres el hijo de una mujer maldita..... Ladron de tu madre. Verdugo y asesino de.....

El rostro del jóven envejecido hizo una mueca horrible, al mismo tiempo que salian de su boca estas palabras :

— Sí, soy el hermano de Magdalena.

— Miserable, exclamó Lanuza, si vuelves á pronunciaar ese nombre, te arranco la lengua.

La hija de Lord Walbrook, no pudiendo sostenerse, se dejó caer sobre el sofá. Miguel le tendió la mano para sostenerla, pero ella retiró la suya, y él le dijo :

— Señora, es preciso poner término á esta escena, que os angustia..... Saldrémos por donde hemos entrado para evitar un escándalo inútil. En cuanto al malvado que teneis en vuestra presencia, la justicia divina

lo ha puesto en mis manos y os juro que no volverá á meditar otro crimen.

Y diciendo y haciendo, empujó al hermano de Magdalena hácia la ventana que se hallaba abierta.

— Esperad, exclamó la hija de Lord Walbrook.

Miguel se detuvo, pero ella parecía fluctuar entre encontrados pensamientos. Al fin, como quien hace en esfuerzo supremo, volvió á ponerse en pié, se dirigió á la ventana que tenía enfrente, por donde el ladrón intentó escaparse la primera vez, y abriéndola de par en par, alzó el brazo, como señalándole al hombre que estaba maniatado el camino por donde debía huir. Éste se encogió de hombros y Miguel se atrevió á decir:

— ¡Señora! ¿A dónde llevais vuestra generosidad?.....

— Dejadlo que huya, contestó ella.

Como hablaban en frances, el que se llamaba hermano de Magdalena no entendía una palabra, permaneciendo inmóvil sin apartar los ojos de la hija de Lord Walbrook. Miguel le dijo con profundo desprecio:

— Huye, miserable, huye.

Él contestó friamente:

— No puedo con las manos atadas.

— Desatadlo, añadió la hermosa jóven, apartándose de la ventana.

Miguel obedeció sin replicar, y las manos del audaz ratero quedaron libres.

Entónces, en vez de saltar sobre la ventana, dobló el cuerpo hasta tocar el suelo con las manos, como quien recoge algo que se le ha caído, y enderezándose rápidamente, se lanzó sobre Miguel, armado el brazo alevoso con la aguda hoja de una navaja traidora.

El brillo del arma relampagueó en los ojos de Miguel ántes de recibir el golpe, y pudo retroceder tan á tiempo, que la punta de la navaja sólo penetró ligeramente en el hombro, rasgando hasta el codo la manga del gaban.

La hija de Lord Walbrook dió un grito, y el hermano de Magdalena se preparó para asestar la segunda puñalada; pero vió delante de sus desaforados ojos la boca del revólver con que Lanuza le apuntaba, y soltando una horrible blasfemia, se lanzó como una

pelota, como un gato perseguido, cayendo en el jardín sin tocar en el alféizar de la ventana, arrastrando en su caída la persiana, que no pudiendo resistir tan violento empuje, se desprendió del listón que la sostenía, crujiendo con estrépito.

La joven se acercó temblando á Lanuza y le dijo :

— Por segunda vez he puesto en peligro vuestra vida; huid de mí, porque yo debo ser funesta para vos.

— Es audaz como un demonio, contestó Miguel, pero es cobarde como un malvado.... Ahora debo huir de vos, como ese miserable ratero á quien habeis perdonado con generosidad inaudita.... Debo huir, porque mi presencia en este sitio es ya inútil y os puede ser enojosa. Perdonadme esta visita inesperada y estad segura de que el misterio en que os envolvéis continuará siendo impenetrable.

Dichas estas palabras recogió el sombrero, que en la primera lucha habia rodado por el suelo, y se dispuso á salir por la ventana.

— Esperad, añadió la joven, esperad un momento.

Tenía sobrada razón para detenerlo, porque se oían voces al otro lado de la cerca y se sentía ruido en el interior del palacio. Los dos á la vez prestaron atención, y oyeron allí cerca, casi allí mismo, el agudo pito del sereno. Al mismo tiempo se oían golpes en la verja, que sonaban hácia la fachada principal del palacio, y oyeron las puertas de hierro que cerraban el cercado, rechinar sobre sus goznes, y á la vez rumor de voces que hablaban dentro de la casa, en el jardín y en la calle.

Era evidente que el ladrón habia sido sorprendido al saltar la verja, por la tardía vigilancia de algun sereno harto de dormir; que las voces de éste habian despertado á los criados que ocupaban la parte baja del edificio; que el ratero sorprendido, refugiándose en el jardín, se veía á la vez perseguido dentro por los criados de la casa, fuera por los serenos, que por todas las avenidas acudían á la aguda voz del pito que los llamaba.

La hija de Lord Walbrook acudió á la

puerta que comunicaba con el interior del palacio, y distinguió ruido de pasos que se acercaban, y volviéndose á Lanuza le dijo:

—No podeis huir.

—Señora, replicó, dejadme salir de esta habitacion, donde mi presencia puede comprometeros, y os doy mi palabra de honor de que no me importará nada lo que pueda sucederme.

—Oh, exclamó la jóven, eso es imposible, porque es muy peligroso. Es mejor que os encuentren aquí. Con la verdad de lo ocurrido disiparemos toda sospecha.

—Os engañais, señora, la advirtió Miguel. La verdad no será creida; ¿quien cree la verdad que pone á salvo la honra de una mujer? Si me encuentran en vuestra habitacion seréis mañana la fábula de Madrid. Dejadme que huya; es el único remedio que nos queda.

Los pasos se acercaban á la puerta, que iba á abrirse de un momento á otro, y al pié de la ventana se oían voces que gritaban:

—¡Miladi! ¡Miladi!

—Áun queda otro recurso, dijo la jó-

ven en voz muy baja. Venid..... venid.....

Y asiendo el brazo de Lanuza lo llevó junto á la cama; puso la mano sobre la pared, que crujió, abriéndose una puerta, y haciéndole entrar cerró, puso un sillón delante, y se adelantó, pálida como la cera, trémula como el azogue y soberanamente hermosa, á recibir á los criados y á los serenos que á un mismo tiempo subian por las ventanas y penetraban por las puertas.

El ladron habia conseguido saltar la verja por la parte posterior del palacio, y evadirse hiriendo á un sereno que habia intentado cerrarle el paso.

FIN DEL LIBRO QUINTO.